

SOCIEDAD Y CULTURA EN LA DEHESA DE ANDALUCÍA

Aspectos sociales de la dehesa andaluza

El ámbito territorial y la población de la dehesa andaluza

La dehesa en Andalucía no sólo ha configurado un modelo productivo y económico con unas características diferenciadas, sino que ha condicionado decisivamente la estructura social y cultural de gran número de municipios andaluces, caracterizados por un reducido número de habitantes y unas densidades de población muy bajas. Ello ha propiciado la imagen que se tiene de las áreas de dehesa como zonas aisladas y con un vacío poblacional. La localización de las dehesas en terrenos difícilmente accesibles y lejos de las principales vías de comunicación explica, en parte, la escasa presencia de ciudades de tipo medio (10.000-50.000 habitantes) y las que existen, como Andújar o Peñarroya-Pueblonuevo, bien se encuentran relacionadas con otro tipo de actividad (olivar, minería...) o han desarrollado un importante sector servicios asociado, entre otras, a las actividades de la dehesa (Pozoblanco).

Dentro de la zona donde se sitúa la dehesa andaluza, las menores densidades de población se localizan en la Sierra de Córdoba y El Andévalo, comarcas donde la presencia de amplias manchas con denso monte mediterráneo ha desarrollado una importante economía asociada a los aprovechamientos cinegéticos. En el lado opuesto se sitúan las zonas de las serranías gaditanas y malagueñas en las cuales se encuentran las mayores densidades, siendo además estas áreas las únicas de Andalucía donde se incrementa globalmente la población, aunque el proceso sea achacable, principalmente, al auge de otros sectores como los servicios y la construcción relacionados con la pujante economía del litoral.

Además del escaso número de habitantes, otro rasgo diferenciador de las dehesas ha sido la presencia de explotaciones de notables dimensiones, propicias al desarrollo de una ganadería extensiva con necesidad de abundantes pastos. Junto a las grandes fincas que pertenecían a la nobleza y las Órdenes Militares (Sierra de Huelva, norte de Los Pedroches) sobresalían las amplias extensiones pertenecientes a los patrimonios comunales de los distintos Concejos municipales. En ocasiones, su asociación y aprovechamiento común en entidades supramunicipales (como el territorio comunal indiviso de las Siete Villas históricas de Los Pedroches) ha reforzado la identidad comarcal en las áreas de dehesas y la pertenencia a un entorno socioeconómico común y diferenciado más allá del ámbito estrictamente municipal y local.

Ambas formas de propiedad, señorial y comunal, dieron paso con las desamortizaciones civiles del siglo XIX a la presencia en la dehesa de una incipiente burguesía como flamante clase propietaria de los amplios lotes de tierras puestos en venta. Para la gestión y explotación de sus fincas, estos nuevos gestores disponían de una amplia masa de trabajadores locales, que permitían un aprovechamiento óptimo de los recursos. Aparte de estos grandes propietarios, en aquellas explotaciones más pequeñas, se debía recurrir a una fuerte implicación de la mano de obra familiar y al desarrollo de un sistema económico lo más autónomo y autosuficiente posible, lo que limitaba los intercambios comerciales y reforzaba el aislamiento.

La dehesa y el empleo

Históricamente, la dehesa ha sido generadora de empleos especializados, reflejo de las distintas actividades que en ella se desarrollaban. Su variedad de productos propiciaba la existencia de un importante número de oficios cubiertos por la población local: carboneros, pellejeros, muleros, piconeros, pegujaleros, etc. que, en gran parte, vivían dentro de las mismas explotaciones en condiciones bastante precarias, en construcciones rudimentarias y dispersas.

Sin embargo, esta estructura laboral, mantenida durante siglos, no pudo hacer frente a la importante crisis que sufrió el modelo económico de la dehesa tradicional desde mediados del siglo XX, coincidente con los procesos de modernización de las estructuras económicas y sociales en España.

Como estrategia de supervivencia económica ante la crisis, las dehesas derivaron hacia la especialización productiva a partir del abandono y simplificación de aquellas labores o producciones consideradas secundarias. Ello propició la desaparición casi definitiva de gran parte de estos oficios, arrastrados por un proceso general de éxodo de la población rural hacia las aglomeraciones urbanas para cubrir las necesidades laborales propias de una sociedad "moderna". Y gran parte de los conocimientos necesarios para el desempeño de estas tareas, basados en la experiencia personal y la transmisión oral, empezaron a correr serio peligro de perderse en las siguientes generaciones.

Este proceso se agudiza aún más hoy día, donde las pautas sociales que guían la búsqueda de un puesto laboral coinciden difícilmente con los trabajos que la dehesa ofrece. Dentro del "rechazo" general hacia los empleos agrarios, los sistemas de base ganadera cuentan, además, con el agravante de requerir una presencia casi continuada en la explotación, difícilmente compatible con los estándares de una sociedad donde tienen especial relevancia el ocio y el tiempo libre. Esta carencia en la oferta de mano de obra se ha intentado paliar con distintas estrategias, desde infraestructuras que simplifican el manejo (cercas, mangadas...) hasta la creación de sistemas de sustitución y rotación del personal laboral entre las explotaciones.

Las actividades forestales, por su parte, han sido especialmente afectadas por esta situación laboral. La falta de podadores con cualificación adecuada, por ejemplo, es una constante en la mayor parte de las áreas de dehesa andaluzas. Sólo en las zonas donde existe una importante explotación del corcho (Sierra Norte, Sierra de Huelva, Los Alcornocales...) se mantiene una cierta cultura forestal, aunque se recurre cada vez más a cuadrillas itinerantes procedentes de otras regiones, especialmente de Extremadura. El resultado es que se dilatan en el tiempo las prácticas o se llegan a abandonar definitivamente, repercutiendo en el estado sanitario de las masas arbóreas y arbustivas.

Con todo, puede afirmarse que las dehesas tienen unas necesidades de mano de obra que no es cubierta con la oferta laboral actual, renuente a las condiciones que se ofrecen. Así, los gestores de las explotaciones deben recurrir a una simplificación progresiva del sistema productivo que va contra los propios cimientos que sustentaron a las dehesas, basados en su carácter multifuncional y multiproductivo.

No obstante, las tendencias sociales hacia unos productos con características diferenciadas, plenamente integrados en su entorno social y respetuosos con el medio ambiente, origina una creciente valoración de los productos y los métodos de producción tradicionales que la dehesa ofrece, lo que se pretende potenciar en las estrategias de desarrollo local a partir de los recursos propios de cada territorio .

Aspectos culturales de la dehesa andaluza

De forma paulatina, la dehesa comienza a ser reconocida socialmente como un entorno, con grandes valores ambientales, donde habita una población poseedora de unos patrones culturales que resisten a los embates de una progresiva uniformidad en las costumbres y la forma de vida. Muchas de las peculiaridades que diferenciaban a estas zonas fueron desplazadas en la crisis citada de mediados del siglo XX, cuando determinadas prácticas y tradiciones ancestrales dejaron de tener sentido económico. Hoy, sin embargo, la sociedad de la dehesa empieza a ser consciente de que todo este conjunto de saberes y tradiciones formaba parte de su patrimonio, por lo que intenta rescatarlos y poner en valor como un símbolo de reafirmación cultural. Así, las familias apenas realizan ya matanzas, pero se organizan jornadas festivas en gran parte de los pueblos que sirven como excusa para llevar a cabo y rememorar estas actividades con la participación de todos reafirmando, a su vez, el vínculo entre los habitantes y las dehesas. En el ámbito forestal, como recuerdo de las prácticas de recogida de especies silvestres se celebran fiestas de recogida de tomillo y romero que luego se prenden (Sierra de Córdoba, Sierra de Huelva, Los Pedroches), de castañas (Sierra de Huelva), de gamones que luego se hacen crujir (entorno de Grazalema), etc. También se celebran plantaciones de árboles, (Sierra de Huelva) tradición que puede derivarse de ancestrales costumbres celtas del Oeste peninsular.

Las construcciones tradicionales de la dehesa

Un aspecto cultural relevante de la dehesa es su arquitectura, con una fuerte componente tradicional y funcional, a partir de unos materiales constructivos condicionados por un medio difícil. En las edificaciones diseminadas se acentúa aún más la necesidad de la inmediatez del material, su bajo coste y la simplicidad. De entre las construcciones típicas de la dehesa, hoy revitalizadas por el auge del turismo rural, pueden señalarse como destacadas:

- Muros de piedra: Constituyeron un elemento consustancial a las dehesas al disponer espacios acotados ("defendidos"), raíz fundacional de la propia explotación dehesa al impedir el libre pastoreo de los rebaños trashumantes y delimitar la propiedad. Hoy día van siendo sustituidos por mallas de alambre dado su costoso mantenimiento y la falta de especialistas en el manejo de la piedra. Otra función de los muros ha consistido en la protección frente a la erosión en zonas de elevada pendiente (albarradas). El deslinde también podía realizarse, en un nivel más básico, por agrupamientos dispersos de piedras (majanos, mojones).
- Cortijos: Centro de las grandes y medianas explotaciones de base ganadera. Se caracterizan por su aspecto utilitario, estar flanqueados por construcciones anejas (talleres, cuadras, almacenes...) y no presentar grandes vanos exteriores (por el clima). La burguesía del siglo XIX que adquirió grandes propiedades en los procesos desamortizadores fue la que propició el desarrollo de este tipo de construcciones, hasta entonces escasamente representadas en la dehesa. Este estrato social introdujo en las dehesas construcciones con estilos y soluciones arquitectónicas (neoclasicismo, regionalismo) propios de otras comarcas andaluzas (Campiñas, Vega del Guadalquivir...)
- Fuentes, abrevaderos, albercas: Que proporcionaban el agua, indispensable para las personas y el ganado. Se situaban preferentemente junto a las vías pecuarias y caminos vecinales.

- Apriscos, rediles, majadas: Construcciones para el refugio del ganado en general, con el fin de resguardarlo de la intemperie o en momentos críticos (partos, enfermedades). El ganado bovino, por su mayor tamaño requería un tipo de instalación de mayor tamaño: tinahones o tenadas, mientras el porcino adquiriría una cierta especialización y diferenciación del resto de ganados con las zahúrdas.
- Zahúrdas: Construcciones específicas para el manejo del ganado porcino, siendo las “parideras” un tipo específico para las fases de cría.
- Chozos, chozas, bujardas: Hogares esporádicos de los pastores, dispersos y aislados por las explotaciones, contruidos con materiales vegetales (chozos) o piedras (chozas, bujardas). Son un reducto cultural de las repoblaciones medievales procedentes del norte de la Península, pues algunas, como las bujardas, recuerdan a castros celtas, y otras, como los chozos de Encinasola (Sierra de Huelva), a las construcciones homónimas de la comarca del Bierzo¹.

Toda esta arquitectura traspasa los propios límites de las explotaciones, y las construcciones civiles y religiosas de los pueblos de la dehesa andaluza se impregnan de sus elementos constructivos y las soluciones arquitectónicas que aportan. Así, por ejemplo, simples edificios porticados con una función original de resguardo del ganado son imitados en el diseño de ermitas, casas y demás construcciones civiles distribuidas a lo largo de distintas vías de comunicación de la dehesa.

La artesanía ligada a la dehesa

El entorno forestal el que se sitúan las dehesas ha proporcionado abundante materia prima para la realización de determinadas obras de artesanía, generalmente con una función utilitaria. Así, con el corcho se realizaban colmenas, cuencos, raseras, chapines..., tallas de objetos pastoriles con la madera de las encinas y las masas de castaños cercanos, sombrillas y techumbres con brezo, cestería con esparto y anea... Esta producción artesanal se desarrollaba en un ámbito familiar y limitado, principalmente destinada al autoconsumo.

La pérdida de utilidad de algunos productos, junto con la aparición de nuevos materiales, ha transformado de forma decisiva estas prácticas artesanales. Las escasas producciones que aún perviven siguen basándose en una mano de obra de carácter familiar, sin industrias asociadas y con unos canales de comercialización limitados o inexistentes. No obstante, las nuevas estrategias de desarrollo local comienzan a hacer uso del potencial mercado de estos productos, promocionados con gran aceptación en ferias y exposiciones como referentes de una cultura. En este sentido es de destacar el proyecto del LEADER II “Estudio de campo e inventariado de artesanía y oficios perdidos” localizado en la Sierra Norte de Sevilla, y que sigue la directriz que guía las políticas de desarrollo rural de diversificar la economía en las áreas rurales basándose en el aprovechamiento de los propios recursos locales.

La cultura de la trashumancia

La dehesa andaluza forma parte de un sustrato cultural común a lo largo del oeste-suroeste peninsular, desde tierras castellano-leonesas hasta Andalucía. La búsqueda de pastos en determinadas épocas del año propició el desarrollo de unas prácticas ganaderas trashumantes

¹ Rocío Silva Pérez, Juan Francisco Ojeda Rivera. “Paisajes del Parque Natural de la Sierra Norte de Sevilla. Aproximación tipológica”.

a lo largo de una extensa red de vías pecuarias. La salida de los rebaños hacia los agostaderos de zonas norteñas se producía por San Antonio (13 de Junio) o San Juan (24 de Junio) mientras la bajada a los pastos meridionales se realizaba por San Miguel (29 de Septiembre) o los Santos (1 de Noviembre). La poderosa influencia de la Mesta actuó como garante del uso y mantenimiento de esta red viaria y sus infraestructuras anejas (puentes, descansaderos, abrevaderos...), vitales para el transporte a largas distancias de sus grandes rebaños de ovejas merinas.

Así, las dehesas que, paradójicamente, surgieron como defensa de los pastos comunales o señoriales frente a los privilegios de los ganados trashumantes, entraron dentro de esta red de intercambios, participando de un importante mercado de arrendamientos de pastos a las cabañas norteñas. Este proceso explica, por ejemplo, que los habitantes de Villanueva de Córdoba (en los Pedroches) sean popularmente conocidos como "jarotes" (probablemente de jaro = puerco cárdeno), adjetivo que utilizaban los extremeños para referirse a los pastores castellano-leoneses que bajaban con sus rebaños.